

UN VIDENTE LLORANDO

JAVIER BARAJAS JIMÉNEZ

Estudios de Apocalipsis

La palabra “vidente” que en su concepción básica significa únicamente “que ve”, en la actualidad recibe una diferente connotación, aplicándose a la persona aquella de quien se dice que adivina el futuro. Muchos escritores que comentan el libro de Apocalipsis, han llamado a Juan, autor del mismo, como vidente. (Desde el capítulo uno, versículo uno se hace la aclaración de que es a Juan a quien le es revelado). Al apóstol Juan se le define como vidente por el hecho de que vio lo que narra; este punto es sumamente resaltado en el libro de Apocalipsis, por ejemplo en 1:2 dice: *«que ha dado testimonio [...] de todas las cosas que ha visto.»* Lo mismo sucede al final de este libro, donde el mismo escritor declara: *“Yo Juan soy el que oyó y vio estas cosas.»* (Ap. 22:8). Observe el pronombre personal «yo» en la forma enfática con la que Juan inició su declaración. La frase es garantía de un testimonio fidedigno.

La misión de Juan era presentar ante un público lo que él vio, público este que necesitaba conocer lo que se avecinaba. La revelación y posterior lectura de estos acontecimientos produciría en los destinatarios originales una bienaventuranza (Ap. 1:3). Así de importantes eran los receptores del Apocalipsis para Dios; sin embargo, en la actualidad tal parece que a los que fue dirigido el libro en primera instancia no les serviría de nada conocer estos hechos, porque una doctrina herética y totalmente vergonzosa ha quitado a los receptores su gloria y también su lugar de Apocalipsis. Su gloria porque no les da el reconocimiento que merecen quienes obedecieron este libro y las directrices del mismo: *«bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca.»* (Ap. 1:3, énfasis mío). Y su lugar, porque aunque ellos sufrieron y mucho, murieron obedeciendo lo que Apocalipsis denomina *«por causa de la palabra y el testimonio de Jesucristo.»* (Ap. 1:9; 6:9; 20:4), resulta que no es a ellos a los que se refería Apocalipsis, sino a unos que en la actualidad todavía ni se sabe quienes son, pues si no es esta la generación en la que se cumplen las profecías de Apocalipsis, entonces aun no existen los protagonistas de los acontecimientos que describe el libro. Vamos a examinar algunas cosas que no dejarán duda sobre la importancia de los receptores de Apocalipsis, en cuanto su papel y lugar en el mismo.

El llanto de un apóstol por una revelación

Al llegar al capítulo cinco de Apocalipsis, Juan nos habla de lo que le produjo a él la noticia de que no se encontraba uno digno de abrir el libro que

tenía el que estaba sentado en el trono. Este libro es muy importante para Juan, pues así lo indica él mismo a través de la descripción que hace de ello: «*Y vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos*» (Ap. 5:1). No pierda de vista la expresión con la que Juan termina este versículo, porque nos introduce en la dificultad que a continuación se pregona: «*¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?*» (v. 2). Las descripciones que hace Juan del libro, de que está sellado, de que nadie puede desatar sus sellos, o que no hay quien pueda abrir el libro y mucho menos ser digno de ello, resaltan el valor del contenido del mismo. ¿Por qué es tan importante que se abra este libro? ¿Para quién es importante la revelación contenida en él? Estas preguntas son sumamente importantes para entender el llanto de Juan.

Describiendo lo que le produjo que no hubiera respuesta a lo que el ángel gritaba, dice: «*Y lloraba yo mucho...*», así en simples y llanas palabras, Juan nos dice lo importante que para él era lo que estaba escrito en el rollo. Y para que no quede ninguna duda, también nos dice lo que motivó o causó su llanto: «*porque no se había hallado a ninguno digno de abrir el libro, ni de leerlo, ni de mirarlo.*» (Ap. 5:4). Podemos hacernos muchas preguntas entorno al llanto de Juan, pero para no perdernos con interrogantes sobre ello, lo que debemos hacer es tomar en cuenta que el lloro tiene relación con su misión como vidente, pues su llanto fue calmado cuando se le dio la noticia de que había uno digno de abrirlo, lo que significaba que él podría ver lo que el libro contenía. El llanto de Juan es por una revelación. No hay otra razón, su trabajo era escribir lo que veía, pero al estar el libro sellado, esto estorbaba su labor.

La promesa de una revelación

Desde el momento en que a Juan se le pide subir al cielo se le hizo una promesa, la misma que él esperaba ver cumplida al llegar allá: «*Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo; y la primera voz que oí, dijo: sube acá, y yo te mostraré las cosas que sucederán después de estas.*» (Ap. 4:1). La promesa fue que se le mostrarían las cosas que sucederían después de lo que se le había mostrado. Él va por la revelación. A Juan se le dio la orden de escribir todo lo que se le mostraría, Jesús le dijo: «*Escribe las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de estas.*» (Ap. 1:19). Esto nos permite entender su llanto.

Lo más significativo de todo esto es el hecho de que la revelación que Juan escribió tenía un destinatario que el Señor Jesús especificó claramente, y que ordenó se le enviará: «*Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en Asia: a Efeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea.*» (Ap. 1:11). Todo lo que Juan vio se le entregaría a la iglesia, la del primer siglo, aquella que estaba en las localidades mencionadas. El mensaje se les envía a ellas porque tenían parte y suerte en la cuestión que estaba por venir. Tal como lo describe Juan al inicio de Apocalipsis, estas iglesias ya

estaban en tribulación (Ap. 1:9). Escribir un libro que nada tiene que ver con las iglesias mencionadas y además enviárselos, resultaría ilógico y hasta innecesario. Sin embargo, por la importancia que el mensaje tenía para ellas, y porque serían los protagonistas de la lucha descrita en Apocalipsis, el mismo Señor Jesucristo dice: «Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias.» (Ap. 22:16). El testimonio tiene un propósito: que los creyentes obedezcan lo que Apocalipsis ordena, que se preparen y sean fieles a pesar de la tribulación que están viviendo y que a medida que pasan los días crecerá. Sacar a la iglesia del libro de Apocalipsis es algo irreconciliable con el mismo mensaje del libro. La promesa de la revelación hecha a Juan era para que mostrara a la iglesia las cosas que iban a suceder.

Conclusión

El hecho de que Juan sea le denomine vidente, es como dijimos en un inicio, porque vio todo lo que se le reveló. Pero este punto tiene una contraparte, que son los destinatarios, es decir aquellos que iban a leer lo que Juan escribió; su trabajo como vidente no tendría significado si no escribía y enviaba a las iglesias lo que vio, orden que le dio nuestro Señor Jesucristo.

En la actualidad este asunto se ha deformado, pues los dispensacionalistas, con la enseñanza de un raptó secreto, así como con la aplicación de lo dicho en Apocalipsis a una distinta época que nada tiene que ver con los destinatarios originales, han adulterado por completo el mensaje original, sacando así a las iglesias de Asia de su lugar en el mismo. Los dispensacionalistas enseñan que la iglesia es raptada en Apocalipsis 4:1, así que el llanto de Juan no tiene sentido, pues si la iglesia ya no está ¿de qué le serviría a la misma la revelación que se da con la apertura de los sellos?

Este comentario que hago no es para darle importancia a la interpretación que hacen de Apocalipsis los dispensacionalistas, pues la misma inconsistencia de su propia teoría muestra su falsedad y la cantidad de especulaciones de que está llena, pues han llegado al grado de sacar a las iglesias de Asia de su importancia aun en los dos capítulos en los que se les dirigen palabras que se refieren al estado que tenían en el primer siglo; ya que, en la actualidad enseñan que las siete iglesias representan siete eras por las que pasará la iglesia hasta el fin del mundo.

Hoy día enseñan que vivimos en al era de Laodicea. Cualquier lector de Apocalipsis sabrá reconocer que tal enseñanza es contraria a lo que Apocalipsis capítulos dos y tres nos muestran. Basten los comentarios vertidos en el presente artículo para poner a pensar a los que han abrazado el dispensacionalismo sobre el daño que tal sistema de interpretación provoca.

La iglesia estaba en la mente de Juan mientras escribía cada parte del libro de Apocalipsis, pues él esperaba la revelación que se mostraría al abrir los siete

sellos para presentarla a la iglesia (Ap. 1:11), pero al no recibir nada porque no había uno digno de abrir los sellos, se puso a llorar. Sin embargo, el vidente pudo cumplir con su misión y dio testimonio a las iglesias.

www.apocalipsis.idcyanez.com

Mayo de 2010

Javier Barajas Jiménez